

Globethics Repository



Un detector de tensiones [A voltage detector]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Quevedo, José, n. 1807
Publisher	Asociacion Iglesia Viva
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-09-18 01:27:08
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/224358

UN DETECTOR DE
TENSIONES:
EL III CONGRESO
MUNDIAL PARA EL
APOSTOLADO DE
LOS LAICOS

— José Quevedo —

AUNQUE se ha escrito algo y se han hecho diversos comentarios —interesantes unos, convencionales y arbitrarios otros— sobre el III Congreso Mundial para el Apostolado de los Laicos, creo que no ha tenido la repercusión que debiera en los medios de difusión esta *desbordante* asamblea, signo de los tiempos, celebrada en Roma del 11 al 18 de octubre del pasado año. No pretendo con estas reflexiones, o más bien apuntes, agotar la amplitud de su contenido ni mucho menos dogmatizar sobre apreciaciones, que pueden ser más o menos discutibles. Me limito, en unas imprecisas pinceladas, a exponer mis impresiones sobre el Congreso, con un matiz bastante subjetivo (mi opinión personal) y desde un ángulo de vista (las tensiones existentes en el mismo) que impide, por tanto, abarcar otros muchos factores de su desarrollo y profundidad.

De pasada, no obstante, quisiera apuntar algunas razones por las que creo que el III Congreso Mundial no ha tenido, ni antes, ni después, toda la resonancia que debiera, especialmente en España.

Un primer factor ha sido, sin lugar a dudas, la desconfianza que el mismo suscitaba en amplios *sectores responsables* del laicado. ¿Vale la pena una reunión tan multitudinaria? ¿Se puede desarrollar en ella una labor constructiva y positiva? ¿Merece la pena un esfuerzo económico de tanto volumen? ¿No estará todo suficientemente pre-fabricado?

Otro elemento disgregador de la atención ha sido el que la revolución supuesta por el Concilio Vaticano II no había permitido digerir a muchos la trascendencia de un Congreso que *poco podía aportar* a la actual coyuntura de la Iglesia.

Y en España, en concreto, tras el forcejeo agotador de los conflictos creados con la Acción Católica y el apostolado de los seglares en general, se daban dos posturas, variables, con pequeños matices: la de los que se habían agotado en la lucha, como «voz del que clama en el desierto»; y la de los que veían en el Congreso la «panacea» de las soluciones. Sin silenciar, además, la impresión llena de prejuicios que había dejado su preparación, a través del I Congreso Nacional de Apostolado Seglar, y en el modo de desarrollarse toda la designación de la delegación oficial.

Quizás cuanto se ha descrito hasta ahora responde, en cierta manera, al enfoque del Congreso Mundial desde una cualquiera de las perspectivas apuntadas. Hemos leído interesantes artículos y declaraciones de destacadas personalidades del laicado español, señalando la importancia del Congreso, su aportación eclesial en el momento presente, sus valores, sus defectos... Incluso su oportunidad o inoportunidad.

Es, quizá, dentro de este último matiz, desde donde me interesa centrar las presentes notas, porque sólo así podremos valorar en la gran asamblea laical su papel de manifestación pública eclesial, cauce de expresión verdadera de las vivencias presentes.

El III Congreso Mundial para el Apostolado de los Seglares, como hecho histórico

Decimos de un acontecimiento que es *histórico* en una doble acepción de la palabra: como algo que ha sucedido; o como algo que, además, marca una pauta para el futuro.

En el primer sentido, la realidad histórica del Congreso es palpable. Pero si éste queda solamente como acontecimiento realizado en unas fechas determinadas por las coordenadas de espacio y tiempo, puede constituirse en mera anécdota que se archive para los estudiosos de la investigación histórica. Será el segundo sentido el que reclame nuestra atención y creo que su veracidad se puede sostener sin grandes riesgos de optimismo.

Insisto en esta idea por varias razones:

a) Porque era necesario que los responsables del laicado *universal* se reunieran tras el Concilio para tratar de «poner al día» su *ser* y su *quehacer*, dentro de la Iglesia en «aggiornamento». Y así considerado, el reunirse dirigentes de diversas organizaciones y formas de apostolado, gente de los más diversos países, aportando preocupaciones particulares y generales, suponía un paso para la visión *católica* de la Iglesia

b) Porque el Concilio Vaticano II le ha reconocido al laicado una misión peculiar, cuyo fundamento, contenido doctrinal y líneas de actuación quedan determinados en las Constituciones, Decretos y Declaraciones del gran Sínodo Euménico, pero cuyas realizaciones sólo el propio laicado puede hacer efectivas, aceptando su responsabilidad en la Iglesia, con todas las consecuencias, y avanzando más allá de lo que la Doctrina, en sí, puede dar.

c) Porque las circunstancias históricas del apostolado de los laicos habían variado profundamente desde el II Congreso Mundial de 1957 y las experiencias nacionales debían encontrar un cauce amplio y expresivo que permitiese, a la par que estimulase, a la construcción de un mundo más justo y humano.

d) Y, sin pretender agotar todas las justificaciones, añadiría que el III Congreso Mundial ha sido histórico, de manera particular, porque muy posiblemente sea el último de los Congresos Mundiales para el Apostolado de los Laicos que se

celebre. Me atrevo a hacer esta afirmación porque, si bien no se tomó determinación alguna en tal sentido, parecía que flotaba en el ambiente. Es verdad que se habló de que «el próximo Congreso no fuese en Roma, ni en otra ciudad europea» —señal, por tanto, de que había un sector que estimaba la conveniencia de dar una continuidad a reuniones de este tipo—, pero, como contrapartida, se suprimiría el CO-PECIAL, se pedía una democratización y representatividad del Consilium de Laicis y se dejaba en manos de este organismo —nuevo a la par que «renovado» en su posible significado— toda la responsabilidad de un planteamiento a escala mundial (1).

Posiblemente el último

Personalmente estimo que al hablar de último Congreso Mundial para el Apostolado de los Laicos, tendríamos que saber a cuál de las cuatro palabras (Congreso, Mundial, Apostolado y Laicos) aplicamos este adjetivo de «último». Algo se ha hablado ya, por personas autorizadas, de esta cuestión. Damos por supuesto que el adjetivo siempre se aplica al conjunto. Pero estimo que, en cierto modo, también se refiere a sus partes. Intentaré explicarlo.

1) *Ultimo Congreso*. No parece que dentro de la actual concepción de nuestro tiempo un Congreso pueda dar mucho de sí. Y, sin embargo, su contenido tendría que darlo. Con esto no soy pesimista en relación al III Congreso Mundial. Estoy plenamente convencido de que el mismo dio no sólo todo, sino quizás más de lo que podía dar. Cuando tengamos en nuestras manos la publicación que recoja ampliamente todo su desarrollo, lo valoraremos sin probabilismos. Pero no es *en ambiente de Congreso* donde pueden resolverse los problemas que hoy aquejan a la Humanidad. El clima que se crea, el ritmo de los trabajos, la cantidad y calidad de materias e incluso su misma composición interna —y conste que éste modificaba el sistema *tradicional*— impide que se vaya un poco más lejos de una mera enumeración o declaración de principios y de manifestaciones de «buena voluntad». Dificilmente llega al auténtico compromiso (2).

(1) La resolución VIII del Congreso, adoptada por la Asamblea de Jefes de Delegación, del 17 de octubre de 1967 y titulada «LA CONTINUACION DEL CONGRESO», dice así en la traducción oficial del original inglés:

«Los jefes de Delegaciones del III Congreso Mundial para el Apostolado de los Laicos PROPONEN:

- 1) Que el CONGRESO manifieste al Santo Padre su profunda gratitud por la organización del Consejo de los Laicos.
- 2) Que el CONGRESO solicite urgentemente que el Santo Padre extienda democráticamente la composición del Consejo de los Laicos, a fin de que sea más representativo de las diversas culturas, así como de las diferentes formas y organizaciones para el Apostolado de los Laicos en todas las partes del mundo, teniendo en cuenta una repartición geográfica equitativa.
- 3) Que este Consejo de los Laicos extendido acelere la formación de organismos del Laicado a todos los niveles del mundo.
- 4) Que todos los delegados de este Congreso al volver a sus países trabajen inmediatamente y constantemente para la formación democrática, en todos los niveles de la organización del laicado en el mundo, tal como se ha indicado aquí».

(2) Esta preocupación se puso ya de manifiesto desde la CONFERENCIA INTRODUCTORIA, pronunciada por el Dr. Thom Kerstiens en la mañana del 11 de octubre.

2) *Ultimo Mundial*. Si lo anterior queda claro, casi no merece la pena que nos detengamos en esta segunda consideración. Es verdad que los problemas del mundo se van —y deben cada día más— haciendo «nuestros», *de todos*. Pero las soluciones y exigencias piden con mayor instancia la *localización* y la agrupación por *afinidad*, a la par que las realizaciones prácticas reclaman también más la «*mesa redonda*». Reuniones a menor escala serán siempre más comprometidas y realistas.

3) *Ultimo para el Apostolado*. El apostolado es vocación inherente a la cristiana (3). Parece, por tanto, que ya no nos vale como categoría diferenciante cuando se trata de una *reunión* de «ciertos» bautizados. Sin duda que se ha dado un paso importante al afirmar la unidad del apostolado (4) y la divestidad de funciones o ministerios en la Iglesia y, en ese sentido, no es poco que se haya ido superando el concepto de Apostolado Seglar por el de Apostolado de los Seglares, así como que el Congreso no fuese «de» Apostolado, sino «para». Pasada, empero, una etapa de «tecnicismo apostólico», ¿no será necesario algo más? Es tema que dejo, intencionadamente, en el aire, porque merece una profundización seria.

4) *Ultimo de los Laicos*. Es quizás lo más discutible, pero digno de consideración detenida. Si por laicado entendemos al Pueblo de Dios en marcha y, dentro de él al bautizado inmerso en la realidad del mundo (5), parece que el planteamiento de la acción misionera de la Iglesia tendría que derivar hacia una doble vertiente: *la presencia del laicado en todos aquellos organismos eclesiales donde su voz ha de ser oída y su actividad requerida; y la unión con otros hombres, no católicos, para el enfrentamiento realista y eficaz con la problemática de cada momento histórico*. Explicaré un poco esta doble faceta, que, por otra parte, hoy es objeto de estudios y comentarios más detallados y precisos.

Aunque útiles y necesarias, las reuniones del laicado serán cada vez más «tomas de contacto» que sesiones de planificación. Y ello por la razón sencilla de que cualquier planteamiento serio de los problemas del mundo actual, bien desde una perspectiva sobrenatural y eclesial, bien desde la perspectiva de «respuesta», exigirá un estudio tan complejo como los actores concurrentes en el mismo o como los sujetos agentes de la solución, a corto o largo plazo.

Es así cómo cada día se concibe menos un *paralelismo* (6) en la profundización de realidades que reclaman una *pastoral de conjunto*, que a la hora de la verdad conduce a una disgregación de fuerzas. No basta un *Consejo*. Es necesaria la presencia de seglares en las Congregaciones vaticanas, en los organismos curiales, quizás hasta en el Sínodo y en las Conferencias y Comisiones nacionales y regionales. Sólo de esta manera se conseguirá una planificación pastoral auténtica.

(3) «Porque el apostolado de los seglares, que surge de su misma vocación cristiana, nunca puede faltar en la Iglesia» (del Decreto sobre el Apostolado de los Seglares, núm. 1).

(4) «El apostolado de los laicos es la participación en la misma misión salvífica de la Iglesia, a cuyo apostolado todos están llamados por el mismo Señor en razón del bautismo y de la confirmación» (Constitución dogmática sobre la Iglesia, núm. 33). «En la Iglesia hay variedad de ministerios, pero unidad de misión» (Decreto sobre el Apostolado de los Laicos, núm. 2), etc.

(5) Véase «Lumen Gentium», cap. IV, en especial núm. 31.

(6) Sobre las razones teológicas de la imposibilidad de un paralelismo organizativo dentro de la Iglesia, véase el discurso de Pablo VI el 15 de octubre de 1967 pronunciado después de la Misa a la que asistieron el Sínodo de Obispos y los congresistas.

Y, al propio tiempo, si los problemas que requieren una respuesta no sólo afectan a los miembros de la Iglesia, sino a toda la Humanidad, según su alcance deberán ser atendidos por todos los hombres de buena voluntad (7).

Principales grupos de tensión

En este marco *histórico* del III Congreso Mundial, se podían apreciar a las claras tres tipos de tensiones, examinadas bajo el ángulo de su procedencia.

—Unas podríamos decir que son el fruto de la «representatividad» de la gran asamblea dentro de la estructura actual de «nuestro» mundo de hoy o, con otras palabras, el fiel reflejo de la composición realista de la sociedad actual.

—Otro grupo de tensiones viene dado por el enfoque de los principales problemas que afectan a la Humanidad en este momento. Y, si bien este segundo grupo está íntimamente inter-relacionado con el anterior, creo que se puede distinguir entre causas y consecuencias, es decir, entre problemas estructurales y necesidades inmediatas. Quiero expresar con esto que está bien patente que la mayoría (por no decir todos) de los problemas actuales tienen una raíz estructural y, por tanto, las tensiones que presenten quedan recogidas más bien en el tipo señalado en el grupo anterior. Pero que eso no quita el que necesidades apremiantes requieran también respuestas apremiantes, sin esperar a una evolución total de estructura, recogiendo en este segundo grupo el enfoque de esta problemática vigente.

—Por último, el tercer sector de tensiones es la expresión viviente de la Iglesia post-conciliar.

Naturalmente que todo esto requiere un desarrollo más amplio, que a continuación haré. Pero no se me pasa por alto que los límites de un artículo no permiten examinar hasta el fondo los diversos elementos constituyentes de cada tipo de tensiones. Muchas de las cosas que aquí apunte encontrarán su oportuna complementariedad en otros artículos ya escritos por testigos fidedignos del Congreso y en aspectos que, desde diversos puntos de vista, son tratados en este número monográfico.

Representatividad del Congreso

Punto importante de la confluencia de tensiones fue en el Congreso su representatividad. Pero conviene analizar desde qué punto de vista se puede catalogar ésta. La representatividad se puede considerar desde dos ángulos diversos: desde la perspectiva de un equilibrio entre las personas que representan diversidad de naciones, organizaciones, modos de apostolado, medios sociológicos, tendencias ideológicas, etc.; o desde la perspectiva de una *plasmación* «hic et nunc» de lo que por fuerza se tiene que representar.

Bajo el primer prisma, el Congreso no era representativo.

Pero viéndolo desde el segundo prisma, mucho, tal vez demasiado.

El III Congreso Mundial para el Apostolado de los Laicos fue la manifestación de cómo está constituida la sociedad de nuestro mundo de hoy. Una sociedad donde Europa quiere seguir «pesando» y, por tanto, donde el resto de mundo queda notablemente en «baja forma». Un mundo donde domina el sector adulto y el juvenil

(7) Es digno de mención que esta segunda apertura fuese impulsada y apuntada en el Congreso por uno de los auditores u observadores no católicos.

queda relegado. Una estructura social en la que el mundo obrero cuenta por su empuje y se le tolera «porque es inevitable» o porque su voz suena «a pesar de», pero en la que la bandera sigue siendo portada por unas personas comprometidas con el capitalismo preponderante. Una sociedad en la que el mundo rural ocupa un puesto de segundo orden, pese a su realidad numérica, y la intelectualidad distingue y subdistingue; en que la técnica atraca, hasta ocultar la ignorancia; la propaganda se impone; el poderoso es venerado; lo deslumbrante se aplaude, etc.

¿Qué significa todo esto? Sencillamente, que la «Iglesia de los pobres» sigue externamente comprometida con esa sociedad reflejada allí. Todos sabemos que hay fuertes condicionantes. Y como un Congreso supone una gran movilización de dinero, no es de extrañar «pequeñas» concesiones. Por otra parte, la equidad a esa escala es difícil y lógicamente los sectores más representados fueron correlativos a la mayor posesión o al menor gasto, es decir, personas «pudientes» o de proximidad geográfica. Triste realidad, pero realidad al fin.

Que esta tensión fue palpable, nadie lo duda. Hasta el punto de que se hizo patente en el Consejo de Presidencia, en el órgano decisivo del Comité de Dirección, en los grupos de trabajo y en algunas sesiones plenarias.

Injusto sería ignorar que se hizo gran esfuerzo por lograr un equilibrio en la representatividad a todos los niveles. Pero la realidad siempre se impone. Y nuestro mundo está constituido así.

Mas en el Congreso esto llevaba parejo un notable peligro: el contratestimonio. Porque si lo que allí se decía, si lo que se confrontaba, si las mociones aprobadas y ratificadas estaban en una línea evolutiva y hasta revolucionaria, ¿se puede creer en la veracidad de las mismas? Bastaría releer las preguntas formuladas por el doctor Thom Kerstiens (8) para caer en la cuenta de que existía una especie de contradicción —tal vez, y Dios así lo quiera, sólo aparente, pero cierta— entre un Congreso que aboga contra el racismo, mientras muchos de los allí presentes lo toleran; que habla contra la opresión y muchos de sus miembros cooperan con los opresores; que pide reformas estructurales de tipo económico y político, cuando se encuentra tan a las claras vinculado a una estructura; que habla de paz y exhibe a un cosmonauta (9); que recalca el papel de la Prensa, mientras muchos de los representantes «católicos» de la misma habitualmente callan y otorgan...

Esta tensión ha sido de por sí tan elocuente que, expuesta en los términos en que aquí lo hago, puede derruir toda la labor positiva del Congreso. Pero seríamos demasiado miopes si consideráramos a éste desde una exclusiva perspectiva. Creo, por tanto, que, sin quitarle importancia, debemos valorar el conjunto para ser conscientes

(8) Estas preguntas se encuentran al final de la Conferencia Introductoria, citada en la nota (2).

(9) Quisiera que esta alusión se interpretase en su justo sentido. Nada tengo en contra de la presencia en el Congreso del Col. James A. McDivitt. Al contrario, es una muestra de cómo los laicos deben estar comprometidos en las más variadas empresas del mundo actual. Pero su presencia allí, por los factores que le rodearon, daba la sensación de un exhibicionismo que desentonaba, sin poder prescindir de toda una fuerza propagandística, que contrastaba seriamente con la austeridad del Congreso. Su actuación podía parecer una exaltación de USA, que ofendía al Tercer Mundo. Sobre todo si se tiene en cuenta que los EE. UU. de Norteamérica son, por obra y gracia de la guerra del Vietnam, el símbolo de la anti-paz para muchos.

de su trascendencia. Es un elemento a tener en cuenta y que pide un remedio para el futuro. Me limito a exponer las tensiones, y ésta no se puede callar. Tampoco es nada nuevo; es así nuestra sociedad.

Principales problemas de la Humanidad

Basta dar una ojeada a las mociones aprobadas en el Congreso para ver dónde se centraron las miradas de la mayoría de los asistentes. Esto, sin embargo, no es obstáculo para que aparecieran en el seno de la Asamblea las tiranteces lógicas entre los que *viven* la problemática del hambre, la injusticia, la opresión, la descristianización acelerada o el avance lento de una Iglesia desencarnada en países que brotan ahora o rompen moldes, y los que sólo *comparten*, cuando no *ignoran*, esos problemas sin *sentirlos* en carne propia. El problema se agrava cuando esto segundos se escudan, por su estrechez de miras, apegándose a sus «problemas domésticos».

Decía al exponer en líneas generales este segundo grupo de tensiones que, aunque dependiente del primero, nos interesaba considerarlo bajo la perspectiva de *necesidades*, que no pueden quedar desatendidas a corto plazo. Y como muestra de toda esta inquietud habría que resaltar el patetismo del «tercer mundo» ante su situación verdaderamente apremiante. Un término que tomó en el Congreso carta de naturaleza fue el de una «teología de la revolución». Y en este sentido, por la misma dinámica de los testimonios, el Congreso, pese a lo dicho en el apartado anterior, fue más allá de lo que se podía esperar. Incluso hay quienes opinaban que ya está bien de «teologías». Los principios están claros; lo que hace falta son realizaciones.

El problema central radicaba, sin embargo, en estas preguntas: ¿Podemos los católicos permanecer indiferentes, o poniendo sólo parches, a esta situación del mundo, donde las dos terceras partes de la Humanidad pasan hambre; donde guerras interminables ocultan intereses nacionales, económicos y políticos, imperialistas; donde la riqueza no está distribuida equitativamente? ¿Podemos conformarnos con denunciar estas necesidades o hay que dar el paso a la acción urgente e inmediata? ¿Puede salir toda esta acción de un Congreso? Y si los católicos de verdad comprometidos con nuestro mundo nos lo propusiéramos seriamente, ¿estarían las cosas como están?

Problemática eclesial

Y relacionado con los dos grupos anteriores, pero ya desde un punto de vista estrictamente de Iglesia, nos adentramos en toda la amplia gama de cuestiones que más preocupan al laico de hoy. Por agrupar estas tensiones de alguna forma las podríamos ver, partiendo de la persona, desde las siguientes perspectivas: el laico ante sí mismo; el laico en la comunidad eclesial, y el laico inmerso en el mundo.

Desde la primera perspectiva, los puntos más importantes a señalar son el binomio religión-vida, es decir, creencia religiosa y modo de vivirla, aceptación plena de la responsabilidad de laico dentro de la Iglesia, y espiritualidad.

En la segunda perspectiva toman cuerpo las tensiones posibles entre jerarquía y laicado, organizaciones de seglares, etc.

Y en la tercera, la posible derivación del problema religión-vida al de Iglesia-Mundo.

Creo que cualquier manifestación en otra materia puede encuadrarse fácilmente en una de estas tres perspectivas y algunas ya han sido apuntadas en los apartados anteriores del presente trabajo.

1. *El laico ante sí mismo.*—a) La tensión interna que en el laicado crea la constatación de una fe profesada, con la realidad tal cual es, suele conducir a la postura de «coger el toro por los cuernos», en cuyo caso es fácil que interiormente se sufran sangrantes heridas y hasta violencia interior o, por el contrario, intentar compaginar lo no reconciliable, valiéndose de subterfugios psicológicos justificativos. Al hablar de la «representatividad» del Congreso hemos explicitado bastante el tipo de contradicciones que en este terreno se puede dar. Y, si bien, en lo doctrinal se ha superado la tensión religión-vida, aún queda mucho por conseguir en el orden práctico. En este sentido fue un símbolo durante el Congreso la crisis profunda que, simultáneamente, pasaba el Arzobispo de Montreal y que le ha llevado a renunciar a su sede para marchar a una lejana leprosería de las Misiones.

b) Por lo que respecta a la espiritualidad, aunque las líneas generales ya están trazadas, cuesta no poco ir las plasmando en «recetas» prácticas. Naturalmente que éstas nunca se darán, ni deberán darse. Pero es precisamente desde este punto de partida en donde vienen a confluir las mayores tensiones de la problemática eclesial. El laicado se ve obligado a romper moldes, hasta ahora considerados intocables, tanto en el campo de la teología especulativa, como en el de la pastoral y la moral. Quizás fue aquí donde el Congreso se mostró como «signo» visible de los tiempos, justificando su misma razón de ser. Si cualquier respuesta a problemas externos exige este equilibrio interior, no nos basta ya el Concilio. Se hablaba incluso del Vaticano III, aun reconociendo que falta mucho por hacer realidad el II. Pero, podrá decir alguno, ¿estaba todo el mundo en esta actitud inicial? Si la misma condiciona todos los demás planteamientos, creo que estamos tocando el punto más serio de la raíz de todo tipo de tensiones. Porque sin esta actitud previa, difícilmente el laico aceptará plenamente su papel dentro de la Iglesia. No poco ayudaron a un planteamiento realista la importancia y el esmero con que se desarrolló la vida litúrgica.

c) Pero abundando en el tema, un sector predominante, consciente de su papel, pedía el reconocimiento por todos los estamentos eclesiales de su ministerio específico, sobre todo ante problemas cuya orientación doctrinal corresponde al magisterio (control de natalidad, por ejemplo), pero ante los cuales la última palabra de realización práctica está en manos del laicado. Este sector no sólo reclamaba, sino que demostraba, adultez eclesial. Había casi unanimidad por ir más allá de todo cauce pre-establecido, sujeto a revisión. Por eso aquí la tensión era más fuerte, cuando aún existen seglares que prefieren ir con paso lento y «asegurado», más que seguro, por un camino pre-determinado, cual no es la propia vida. Parecen temer a la «responsabilidad». Sin olvidar a un pequeño sector de «puritanos», espías de herejías, para los que el clima de libertad de expresión reinante fue la confirmación de que el Congreso estaba constituido por una serie de arriesgados y temerarios revolucionarios, comunistoides y anárquicos, que pretendían poner en discusión las cosas más sagradas. Esta fue en definitiva la cuna originaria de todo posible escándalo, cuando en el fondo latía la preocupación misionera de un laicado responsable.

2. *El laico en la comunidad eclesial.*—a) Partiendo de lo dicho anteriormente, las tensiones presentadas desde esta perspectiva, podrían llevar a una concepción de la Iglesia formada por dos bloques o dos estructuras paralelas: la jerárquica y la

laical. El Papa lo denunció en su discurso (10). Y si bien nadie sostuvo esa tesis, buena era la advertencia, cuando esta situación se puede deducir del planteamiento de cuestiones no sólo a escala de instituciones u organismos, sino en el de ministerios o competencias. Ya me he detenido en esto al hablar de la necesidad de que los laicos estén presentes en la estructura eclesial allí donde su voz deba ser oída y su actividad exigida. También hubo anécdotas, si así se pueden llamar, que reflejaban esta hipersensibilidad. Por citar algunas podemos señalar la conexión histórica del Congreso con la primera reunión del Sínodo de Obispos, como la más importante, con el intercambio de mensajes y los encuentros habidos. Pero ahí quedan como botón de muestra la interpretación que, en los congresistas, reinó hasta su desvanecimiento acerca de las famosas «consignas» dadas a los prelados por el Cardenal Roy (11); el clima que en algunos creara el discurso de Su Santidad, etc.

También es reflejo de esto, ya entrando en lo organizativo, la postura del Congreso de *agradecer* al Papa la constitución del Consejo de Laicos, pero unida a la petición de que este fuese *reestructurado* con base democrática y verdaderamente representativa (12).

No fue, sin embargo, objeto de verdadera tensión, o al menos no afloró, la cuestión de diversidad de organizaciones apostólicas. En ese sentido, a diferencia de Congresos anteriores, este III Congreso Mundial se desprecupó más de obras e instituciones, de cuestiones «organizativas», llegándose en ese sentido casi a un «sincretismo». Esto supone un acierto: prescindir de detalles para ir a lo fundamental. Poco importan los «modos» si las metas están claras y los medios coinciden en lo fundamental. Pero también supuso dejar en oscuro muchísimas cuestiones, tales como la de la Acción Católica, que hubiesen merecido una concreción por parte del propio laicado tras el confusionismo general que ha dejado la vaguedad de muchos términos del decreto conciliar sobre el apostolado de los seglares, los roces que se han dado en diversos países. Visto así, creo que el problema será cada vez menos solucionable si, a medida que las organizaciones toman cuerpo internacional, lo importante radicará en su cohesión interna y unidad, perdiendo por tanto importancia la calificación que en cada nación se pueda dar a algo que constituye mundialmente un cuerpo orgánico.

3. *El laico ante el mundo.*—Por último un posible peligro, que cada día es objeto de mayores profundizaciones en el terreno teológico, radica en trasplantar la tensión religión-vida, a la de Iglesia-Mundo, hasta el punto de dividir al laico en dos, ya no

(10) Véase la nota (6).

(11) En una reunión tenida por el Card. Roy, Presidente del Congreso y del Consejo de Laicos, así como de la Comisión Pontificia en favor de la Justicia y la Paz, con los Obispos que iban a participar de las tareas del Congreso, aquél dio unas consignas a éstos en el sentido de que se abstuvieran de intervenir innecesariamente tomando la palabra en las reuniones, dando margen para que los seglares se expresasen con entera libertad. Sólo creía conveniente una intervención de los Obispos cuando su palabra fuese aclaratoria ante situaciones que pudiesen implicar atascamiento en cuestiones doctrinales de las que los seglares no estuviesen convenientemente informados. Esta salvedad, sin embargo, motivó, por la forma en que fue difundida, una sensación de vigilancia, que alimentó un clima de control o espionaje. El propio Cardenal, sorprendido de que sus palabras pudiesen haberse interpretado en tal sentido, dio una aclaración pública de las mismas.

(12) Véase la nota (1).

por motivos internos, sino por causas externas. Como consecuencia nos encontramos con el peligro también de que la Iglesia pueda constituirse en *levadura separada de la masa*, en lugar de estar dentro de ella.

Dentro de esta perspectiva fueron preocupaciones, y por tanto origen de mayores o menores tensiones, los nuevos cauces por los que ha de discurrir el movimiento ecuménico, el entendimiento con ideologías revolucionarias, el aprovechamiento de elementos importantes existentes en las teorías vigentes en materia económico - social, etcétera (13).

Como elementos concurrentes a este tipo de tensiones, el III Congreso se vio honrado con la asistencia de auditores cristianos de distintas confesiones. Y como aldabonazo, era todo un símbolo la coincidencia histórica de la muerte de «Che» Guevara.

Conclusión

En todas estas tensiones, no obstante, radicó la riqueza y la oportunidad del III Congreso Mundial para el Apostolado de los Laicos. Que no siempre surgieran con el oportuno respeto y que en algunas delegaciones constituyesen «símbolo» es de lamentar, pero no deja de ser significativo. Creo que si juzgamos las cosas con imparcialidad y a fuer de sinceros hemos de reconocer que nunca más oportuna una reunión de este tipo. Y su oportunidad estuvo sobre todo en esa línea de apertura que pretendió examinar al laicado desde un punto de vista dinámico, no tanto para «adaptarlo al Concilio», como para «avanzar a partir de mismo». Me parece que esto no se ha valorado suficientemente.

Baste, sin embargo, lo dicho, para poner de manifiesto que, con todas sus limitaciones y ventajas, el Congreso fue un auténtico detector de las tensiones más importantes que hoy vive la Iglesia.